

UN EXABRUPTO DE ANDRÉS

Maposas, marisapos, que irán, por sus colores obscenos, a la silla eléctrica. Infectas hasta el último suspiro. Todo se estrena como mariposa, y luego, castañetea de frío sublunar. Volamos como mariposas hace cien años de la propia vida, hoy gritas por tus dedos trancos, por las costillas minuciosamente rotas, por los calderos ennegrecidos, inservibles incluso para las amigas negras de Macbeth. Hoy masticas habas con dientes moribundos y desabridos. Salen de la crisálida para reventar lo que no tiene la belleza de sus alas. Visten colores para hundir al hombre en su uniforme gris. Mariposa, que profundos suspiros arrancas a los humanos, apártate de mí, tú, que llegas con el mirlo y la blanda primavera, y la floración impúdica e insensata de los matorrales, tal vez con Pan, con su ropa interior rasgada por las ninfas. Broches en el aire, trozos de guirnaldas celestes, sus cuerpos diminutos, los que soportan las alas, goznes son de la puerta de la belleza, apetecibles por las bandas de los atroces. Yo mismo un atroz. Por eso, veo a esas mariposas que naufragan en jarras de cerveza; revueltas entre las colillas y las cáscaras del sucio rastro del hombre. Ahogadas mariposas en estanques verduzcos. Con peces que casi no se ven y que devoran su ligereza. Fuera de nosotros, nadie las estruja, sino los niños sádicos, los grandes respetan lo que adorna sus jardines como enanitos de escayola.